

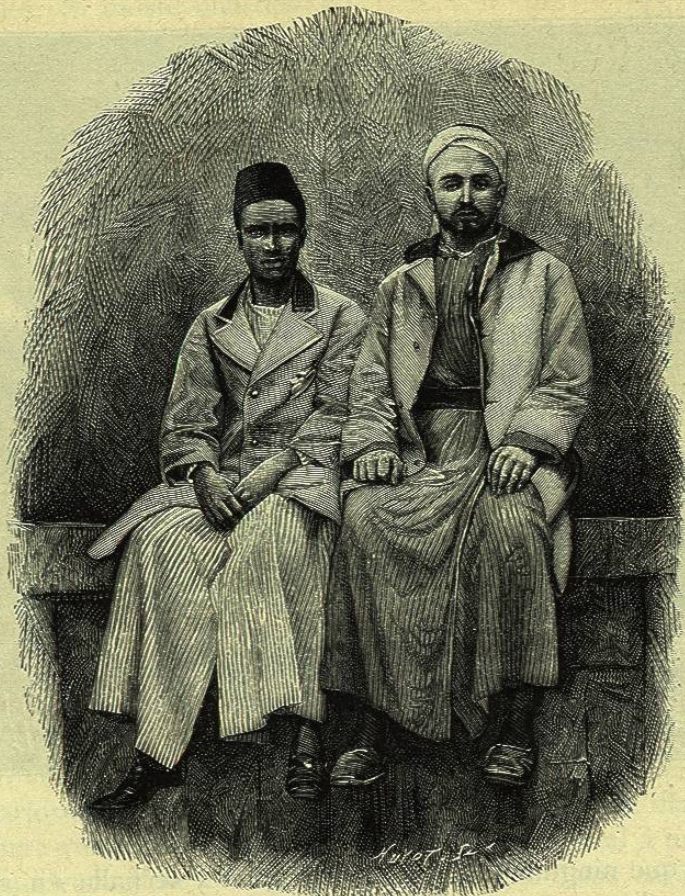
dencias diferentes; y he procurado demostrar que cabe encontrar la clave de la importancia que han tenido ó que tendrán en la historia, mucho más en este estudio que en el de las instituciones políticas, las cuales son más bien consecuencias, que causas de sucesos. No me extenderé más sobre un punto que aquí no puedo sino tocar. Pero lo poco que he dicho habrá demostrado al lector la importancia del estudio de la psicología de los pueblos, ciencia

que apenas está hoy en día bosquejada (1). Respecto particularmente de los árabes, veremos que se halla en el estudio de su carácter gran parte de la explicación de las causas que han determinado su grandeza y decadencia.

III

ORIGEN DE LOS ÁRABES

Diferentes consideraciones, fundadas principalmente en la lingüística, han clasificado en



Arabes sedentarios de Siria, fotografiados en Damasco por el autor

una sola familia, llamada semítica, á poblaciones tan variadas como los árabes, judíos, fenicios, hebreos, sirios, babilonios y asirios, que ocuparon y todavía ocupan la Arabia y el Asia Menor hasta el Eufrates.

El parentesco que se reconoce entre ellos depende de la analogía que existe entre la lengua hablada por cada uno; y de ciertos caracteres físicos, que todos poseen, como el color oscuro del cabello, la barba poblada, el cutis mate y otros; y aunque podría alegar mucho contra estos caracteres, como ello me daría no poco que escribir, prefiero reducirme á consignarlos del mismo modo que suele hacerse en las obras elementales.

En el concepto físico se admite generalmente

que todos los pueblos que acabamos de enumerar tienen dos tipos, uno delicado y otro grosero, y Mr. Girard dice: «El primero viene caracterizado por una estatura esbelta que generalmente no pasa de mediana; por miembros secos y nerviosos; por extremidades finas y por una cara larga y delgada en la parte inferior; la barba es contorneada, la boca pequeña, los dientes blancos y los labios delgados; la nariz, que es estrecha, se une á la frente directamente y toma una forma aguileña muy pronunciada, encorvándose en la extremidad como el pico de

(1) He desarrollado estas ideas en las obras ó memorias siguientes: *L'Homme et les Sociétés, leurs origines et leur histoire*, tomo II. — *L'Anthropologie actuelle et l'étude des races* (*Revue Scientifique*). — *De Moscou aux monts Tatras: Etude sur la formation actuelle d'une race* (*Bulletin de la Société de géographie*).

ave de rapiña; los ojos negros y bien rasgados, se abrigan bajo unas cejas poco desarrolladas, y el cráneo es dolicocefalo. Así está compuesto el tipo más general de los árabes; y así se le ve también entre los israelitas, los sirios y los egipcios antiguos y modernos.

»El segundo se distingue por una estatura más ó menos alta, pero maciza y pesada; por unos miembros acentuadamente musculosos, por una cara más ancha y fuerte; por unas quijadas poderosas y con frecuencia prominentes; tiene la barba saliente, la boca rasgada, los labios gruesos, la nariz ancha, aguileña y abultada en la punta, los arcos superciliares marcados y muy poblados; los ojos grandes y negros; y la frente, recta y baja. Este tipo se halla de un modo completo en los Asirios; también se ve entre los Judíos, lo mismo que entre los Arabes, particularmente los del Sud; igualmente existe entre los Egipcios, bien que estos últimos tienen en las venas sangre de elementos africanos, como lo indican ciertos rasgos de su fisonomía y las proporciones del cuerpo.»

Sea cual fuere el valor — muy discutible para nosotros — de los caracteres que preceden, y del parentesco de los pueblos llamados Semitas, lo cierto es que su común origen, si existe, remonta á los tiempos prehistóricos, pues en las épocas más remotas de que la tradición ha conservado memoria, estos pueblos ya se diferenciaban.

Si hemos de juzgar por nuestras ideas modernas de las concepciones políticas y sociales de los Semitas, debe consignarse que nunca han sido muy elevadas, pues apenas han llegado á salir del estado patriarcal. Sin embargo, conviene tener presente que estos pueblos han fundado civilizaciones poderosas, y que de las cinco ó seis grandes religiones que hoy en día predominan en el mundo, tres de las más importantes, el judaísmo, el cristianismo y mahometismo, han sido engendradas por esa rama de la familia semítica que constituyen los Judíos y los Arabes.

La única rama de los Semitas de que aquí debemos ocuparnos, los Arabes, presenta, ó mejor, ha presentado durante largo tiempo un parentesco grandísimo con los Judíos; lo cual viene indicado por la semejanza de sus lenguas, y por las tradiciones que les atribuyen un origen común.

En efecto hay muy poco parecido entre el Arabe tal como se nos aparece en la época de su civilización, y el Judío, tal como lo conoce-

mos siglos há, ramplón casi siempre, y pusilánime, avaro y codicioso; de manera que parece humillante para el primero verse comparado con el segundo. Pero téngase presente que depende de las condiciones particulares de existencia que ha debido pasar desde hace siglos el Judío, lo que le ha transformado en la despreciada raza que hoy conocemos; pues todo pueblo sometido



Arabe sedentario de Siria, fotografiado en Damasco por el autor

á semejantes rigores, que no tuviese otro medio de existencia que el comercio y la usura, y fuere despreciado en todas partes, llegaría á ser lo que son los judíos, quienes ya sean ricos, ya pobres, conservan unos instintos sórdidos, que veinte siglos de herencia parece han fijado para siempre en su naturaleza (1).

(1) Aunque reconozcan su parentesco con los Judíos, los Arabes son los que más se sonrojan de él; pues he tenido ocasión de observar en mis viajes á Alemania, Polonia, Galitzia, Rusia y Oriente cuán poco estimados son los Judíos en todos estos puntos, y he visto que los sentimientos que han inspirado en todas las partes de Europa no tienen comparación con la repulsión que han inspirado á los Arabes, los cuales miran al Judío como una especie de animal inmundo contra el cual todo es permitido. Cuando un Arabe de Argel habla á un Judío no le da otro nombre que el de *carono* ó *hijo de carono*, llegando á reconocerle, aunque se disfrace con cualquier traje imaginable. Habiéndome hallado en Argel en circunstancias que un congreso atraía á muchos Europeos, varios Arabes llegaron á indicarme, sin equivocarse nunca, el origen israelítico de personas en cuya fisonomía no veía yo nada particular, por más que la examinase.

Para discernir el parentesco de los Judíos con los Arabes procede remontar á los tiempos de Abraham y representarnos mentalmente á ese patriarca como el jeque de una pequeña tribu de nómadas, guerreando con sus vecinos, y molestando á las poblaciones agrícolas, como hoy en día sucede. El cautiverio de Egipto no es indudablemente más que el resultado de una campaña, en virtud de la cual los egipcios acantonaron á esa tribu de merodeadores en el Egipto septentrional, en un territorio del que no podía salir, y de donde no se escapó sino con Moisés, cuando después de una larga permanencia en Egipto, los Hebreos fueron bastante numerosos para resistir á los Faraones, y volver á seguir la vida nómada durante cuarenta años. La existencia de los Judíos, como nación, no difirió nada hasta David, de la de otras tribus árabes de la Arabia y de la Palestina.

IV

DIVERSIDAD DE LAS POBLACIONES ÁRABES

Se considera generalmente á los Arabes como formando una raza única, y para la mayor parte de los Europeos, todo mahometano del Africa y Asia, desde Marruecos hasta Arabia, es un Arabe, del mismo modo que para los Orientales todos los Europeos, ya sean Ingleses y Alemanes, ya Italianos, Rusos, etc., son los representantes de un pueblo único que designan con el nombre de los Francos.

El modo de juzgar nosotros de los Arabes no es en realidad menos inexacto que el que ellos tienen de juzgarnos á nosotros. Hay entre ellos muchos tipos tan diferentes como los que pue-

En los países árabes que se hallan completamente independientes de la influencia europea, los Judíos están absolutamente fuera de la ley y son mucho más maltratados que los animales. He aquí cómo el señor Cottes, que escribía en 1855, se expresaba acerca del estado de los Judíos en Marruecos.

«Los judíos no pueden llevar sino vestidos negros, por ser este color el emblema de la maldición y desgracia. Les está prohibido montar á caballo. Al pasar delante de una mezquita, de una *zawia* (capilla), de un santo, de un *marabut*, ó de un jerife han de descalzarse, llevando los zapatos en la mano hasta que lo han dejado atrás. No pueden pasar por los cementerios musulmanes; y sus mujeres, por un quitame allá esas pajas, son azotadas públicamente por los *ahrifus*, musulmanes encargados especialmente de esta tarea. Si un musulmán les pega, no pueden, bajo pena de la vida, defenderse sino huyendo, ó valiéndose de la astucia. Con frecuencia se ve á chicos de siete y ocho años apedrear á jóvenes vigorosos; apalearlos, abofetearlos, morderlos, arañarlos de mala manera: esos hombres son Judíos; y esos Judíos se encorvan, se retuercen, procuran desprenderse del que los maltrata; pero todos sus actos se inspiran en el propósito de no pegar, ni herir á sus agresores.»

Lo que precede es todavía perfectamente exacto en el interior de Marruecos; pero no pasa ya con tanta rudeza en Tánger donde residen muchos cónsules extranjeros, bajo la protección de los cuales se colocan generalmente los Judíos. Cuando llegué á esta curiosa ciudad tuve ocasión de hacer una visita á un Bajá, acompañado de un *drogman* del ministro de Bélgica, israelita distinguido, que fué muy bien recibido.

den hallarse en Europa. A consecuencia de los diferentes centros que han hallado y de los diversos pueblos con que se han mezclado, los Arabes han llegado á formar combinaciones muy complejas. Así, por ejemplo, los Arabes que hoy habitan la Meca, y que antes eran una de las razas más puras, son un producto del cruzamiento de los diferentes pueblos que desde el Atlántico hasta el Indo van anualmente á esta ciudad desde los tiempos de Mahoma. Lo mismo ha pasado en Africa y Siria, donde Fenicios, Berberiscos, Turcos, Caldeos, Turcomanos, Persas, Griegos y Romanos se han mezclado más ó menos con los Arabes; y hasta en las mismas partes más centrales y aisladas de Arabia, como el Nedjed, la raza dista de ser pura; pues hace siglos que el elemento negro se cruza con ella. Todos los viajeros que han visitado el interior de Africa han quedado sorprendidos de esta influencia de los negros en la Península; de modo que Rotta cita una región del Yemen donde la población ha llegado á ser casi negra, al paso que en las montañas la misma población, poco mezclada, continúa siendo blanca; y al hablar de la familia de uno de los jeques de la comarca, dice que entre sus hijos los había de todos los colores, desde el negro hasta el blanco, según el cutis de sus madres. Wallin ha visto en el Djóf tribus enteras de esclavos negros. También son muy comunes los negros en el Nedjed, donde, lo mismo que en el resto de la Arabia, no existe ninguna preocupación de color; lo cual, como es consiguiente, no impide ningún cruzamiento. Cuenta Palgrave que Katif, ciudad importante del Nedjed, estaba gobernada por un negro, cuando él hizo su viaje. «He visto en Riadh, añade, muchos hijos de mulatos que llevaban orgullosamente la espada con empuñadura de plata, teniendo entre sus servidores á Arabes de la más pura sangre ismaelita ó kahtanita.»

Esta falta de preocupación respecto al color ha sorprendido también á lady A. Blunt, quien en su narración reciente del viaje que hizo á Nedjed en 1878, refiere que el gobernador de una de las más grandes ciudades de esta región «era un negro completamente negro, con lo característicamente repulsivo del Africano. Parecióme de lo más absurdo del mundo, añade, ver á ese negro, que todavía es esclavo, en medio de un grupo de cortesanos de raza blanca; pues todos estos Arabes, la mayor parte de los cuales son nobles por la sangre, se encorvaban delante de él, dispuestos á obedecer sus miradas, ó á celebrar sus pobres ocurrencias.»

Esa mezcla de razas diferentes se verifica particularmente entre los Arabes sedentarios, por considerar honroso cada Arabe tener en su harem mujeres de diferentes colores. En las tribus del desierto, y particularmente de las montañas, la pureza de la raza es mucho mayor; aunque debe notarse que entre las tribus nómadas de la Siria oriental, especialmente de las que residen cerca de Palmira, en pleno desierto, hay rubios de ojos azules, lo cual parece implicar una mezcla con los pueblos procedentes de un origen mucho más septentrional.

V

DESCRIPCIÓN DE LAS DIVERSAS POBLACIONES ÁRABES

La única división fundamental que cabe establecer entre los Arabes, y que se halla justificada por todas sus tradiciones y por su género de vida, es la de Arabes sedentarios y Arabes nómadas. Es esta división del todo esencial, debiéndose siempre tenerla presente cuando se estudia su historia. Los nómadas, ó como se les llama generalmente, los Beduínos, tienen desde Marruecos hasta la Arabia un género de vida, costumbres y usos que son exactamente hoy lo que eran muchos miles de años atrás, y lo que según toda probabilidad serán siempre. Como en los tiempos bíblicos viven reunidos en tribus que cambian de residencia á medida que sus rebaños esquilman el suelo donde habían acampado momentáneamente; y el Arabe sedentario se modifica por el contrario, según los lugares y poblaciones variadísimas con las cuales se halla en contacto.

Esta división en Arabes sedentarios y nómadas corresponde también á la que las tradiciones han establecido; las cuales atribuyen efectivamente el origen de los Arabes á tres razas, la primera de las cuales ha desaparecido antes del Islamismo; la segunda está formada por los descendientes de Kahtan (el Joctan de la Biblia), población sedentaria que se fijó en el Yemen, y que es tenida por la raza árabe más pura; y la tercera rama descendía de Ismael, hijo de la esclava egipcia de Abraham.

Ya se comprenderá, después de lo que dijimos acerca de las diferentes mezclas que constituyen hoy la población árabe, que no existe ahora el tipo árabe, como generalmente se cree; pues un tipo árabe bien definido, es decir, un

tipo del cual pueda decirse que es del todo especial al Arabe, me parece tan imposible presentarlo, como un tipo francés ó italiano.

De todas las tentativas de definición del tipo físico de los Arabes, la que me ha parecido abrazar el mayor número posible de individuos de raza pura se debe al antiguo médico mayor del ejército llevado por Napoleón á Egipto, monsieur Larrey.

«Son, dice, de estatura algo más que mediana; robustos, y bien conformados; su piel, curtida, ó morena, y elástica. Tienen la cara oval, y de color bronceado; la frente ancha y alta; las cejas, negras y destacadas; los ojos del mismo color, y además vivos y hundidos; la nariz recta, de tamaño regular; la boca bien cortada; los dientes bien colocados, hermosos y blancos como el marfil; las orejas, de buen dibujo, del tamaño normal, y ligeramente contorneadas hacia adelante; y el conducto auditivo se halla en perfecto paralelo con la comisura externa ó temporal de los párpados. Como en los individuos de todos los pueblos, se observa en sus mujeres algunas diferencias ventajosas, siendo particularmente admirables los graciosos contornos de sus miembros, las proporciones regulares de sus manos y pies, su porte y actitud altivas, etcétera, etc. Los Beduínos ó Arabes pastores se hallan generalmente divididos en tribus diseminadas en los lindes de los terrenos fértiles, á la entrada ó en los bordes de los desiertos; y habitan en tiendas que transportan de uno á otro sitio, á medida de sus necesidades. Aunque tienen mucha semejanza con los otros Arabes, sus ojos son más brillantes, sus facciones generalmente menos pronunciadas, y su estatura más baja que la de los Arabes civilizados. En cambio son más ágiles, y aunque flacos, muy vigorosos. Tienen viva imaginación, y carácter altivo é independiente; y aunque desconfiados y disimulados, son valientes é intrépidos. Distínguense particularmente por una gran destreza, y por una profunda y rara inteligencia. Son tenidos por excelentes jinetes, y con razón se celebra su habilidad en manejar la lanza y arrojar la javalina. Además tienen mucha aptitud para el ejercicio de todas las artes y oficios.»

Entre los caracteres señalados por Larrey, lo que más me ha sorprendido ver en los Arabes que he tenido ocasión de observar, es el brillo realmente sorprendente de los ojos, sobre todo en los niños; la blancura deslumbradora de los dientes; la delicadeza de las extremidades, y lo arrogante de su porte; bien que esos rasgos ca-